

*La edad del frío,*  
**de Roberto García**  
**de Mesa**

**LA EDAD DEL FRÍO**

Sonríe bajo la mirada atenta del frío. desnuda el cuerpo de cada palabra y atrévete a deformar su respiración, a crear un nuevo rostro para las cosas inútiles. Describe cómo transitas por la cuerda floja. Deja, entonces, que el aire te deforme, que te dibuje como una caricatura de lo que fuiste. Permite que alguien respire tu aliento y pide morir dignamente, grafiteado por el dios que elijas ser.

Hay palabras que te permiten comprender, otras no, otras te aterran y otras te limpian, otras te superan y otras te lanzan, te lanzan.

Encontrarte con un eclipse o enfrentarte cara a cara con un poema. Sabes que te afectará cuando aparezca ante tus ojos, pero no sabes exactamente cómo.

Llega sin avisar. Y es que la vida da tantos giros, estamos tan volteados por la física, que todo duele, y duele el silencio, duele la resistencia, duelen hasta los bellos pensamientos.

Los pájaros cruzan este aire helado. Y yo observo el doloroso blanco de una pared. Hay todo un tratado del olvido en ese color. Y todos los sentimientos a punto de ser dibujados.

El silencio redondea las palabras. O simplemente las escupe.

Besos salvajemente ordenados, cuidadosamente extendidos sobre el plano, del grosor de una lámina de cielo, seleccionados por su intensidad, de menos a más, esperan un título.

Me visitas a medianoche,  
sin un nombre, sin profesión,  
sin tiempo.  
Los cinturones apretados.  
Adelante, sin frenar.

Me duele la cabeza,  
pero sigo un poco más,  
dejando las razones, el corazón,  
el cuerpo en cada silencio.  
Acércate un poco más.  
Acércate sin piedad.  
Léeme las cuadrículas del viento,  
la dirección, el desenlace.  
Toma la luz del fotograma.  
Devuélveme el rostro.  
Tiemblas de frío.  
Tiemblas por una palabra.  
Tiemblas al mirarte.

Un inmenso teatro donde recrear el alma de las cosas,  
donde pintar las coordenadas, su ascenso y decadencia,  
donde los conflictos se entrelazan con el caos de los pen-  
samientos en carrera, donde cada imagen es fruto de una  
emoción precisa y sagrada.

Hay un lugar oculto entre dos palabras, un lugar entre  
hienas y leones.

Y es que sigo creyendo en los caballos que galopan sal-  
vajemente sobre las nubes. Y en las lunas que tocan a mi  
puerta a medianoche. Y en las palabras que se lleva el vien-  
to y que se plantan en los astros y te dicen: vamos a soñar  
un poco más, solo un poco más esta noche.

A veces siento que los días marchan al revés. Como si  
uno caminara boca abajo todo el tiempo, sin saber la razón.  
O uno caminara normal y los demás, boca abajo. Y algunos  
te saludaran con dificultad al pasar a tu lado. O se cayeran.  
Y sin saber exactamente por qué.

El silencio es un astro mordido por el tiempo.

-¿Qué hace?

-Estar de pie.

-Pero usted no está de pie

-¿Cómo que no? Yo siempre estoy de pie, aunque esté sentado.  
-¿Y no se cansa?  
-¿De qué?  
-¿De estar sentado?

El amor es ciego, a ratos. Y cuando deja de serlo, duelen los ojos.

Los sueños lejanos pueden tocarse. Los sueños de ayer pueden intentarse hoy. Los sueños del mañana pudimos sentirlos en otra vida.

Hoy hacía un día tan hermoso que pensé en comérmelo a bocados. Y pensé también que hago teatro con pante- ras y creo sonidos con los cráneos huecos de los sabios.

Y todos los relojes se reunieron en mi cabeza. Creo que era un sueño. Una conversación telefónica con el tiempo. Y me desperté tan cansado.

Lo eterno también cambia con frecuencia. Lo eterno también se encuentra en las emociones que hemos dejado por el camino.

Porque me siento más cerca de un sueño que de una época.

El humor es necesario para odiarlo profundamente. La tristeza es necesaria para odiarla profundamente. Digamos que es necesario odiarse de vez en cuando.

Un tiempo tan intenso como decir..., no sé, hoy es ayer u hoy es mañana. Porque el hoy es lo que nunca transcurrió verdaderamente. Porque el hoy sigue dando vueltas como una lavadora interminable.

Un lugar bajo el sol, que haga sombra, que desnude mi sombra.

Resistir o morir. Resistir. O morir. Resistir. En fin. Re-si-st-irse... hacia alguna parte.

El tiempo es poesía maltratada.

Abrir todas las ventanas. Que el aire pase, sí, que pase.  
Que se siente sobre tus muslos y te abrace.

Con las manos atadas también sé disparar al vacío.

Sé que respiramos el mismo aire. Sé que tocamos con  
las mismas manos. Yo sé que hablamos y besamos con los  
mismos labios.

Yo nací para arder dentro de una sola estrella,  
la de brazos infinitos, no otra.  
Yo nací para reflejarme en ella y morir  
mientras me susurras al oído las palabras eternas.  
Yo nací por el mismo motivo que tú:  
para descubrirme en los astros suicidas.

Buscar la belleza como si fuera nuestro camino a casa.  
Con esa desesperación, con esa intensidad, con ese amor,  
con la ternura indispensable y el idealismo necesario, con  
la sensación de no saber, de sorprendernos con el dolor,  
con la fiesta de la vida, con los errores y aciertos, con la con-  
vicción de que, aunque no regresemos verdaderamente, tal  
vez podamos llegar.

A veces el sol y la luna se aman con ternura en mis  
entrañas. Por eso, continúo siendo una sombra con látigos  
en lugar de brazos.

Yo prefiero una vida infinitamente corta.

Porque en cada ensayo de vida hay una aproximación a  
la belleza.

En cada duda hay una aproximación a la belleza.

Los sonidos deben arrojarse al vacío como estrellas  
kamikazes.

Adoro los eclipses, en ese mano a mano con el sol. A ver  
quién puede más por unos instantes.

Prefiero perderme en las atmósferas a la normalidad.

Una voz sutil y decadente. Una voz sensible que responda a la lluvia del amanecer. Una voz antigua que me rompa por dentro. Una voz irregular que me mire desde la sombra, que devore la inmensidad de las pequeñas sensaciones y florezca en los espacios sensibles.

La velocidad y el deseo. El color con el que se mire. La intensidad. Sobrevivir a todo ello o compartir el fin. Fuego en el corazón, agua en los ojos, aire en la sangre, tierra en los labios.

Un poema te deja tendido boca arriba, en mitad de la vía pública, mirando al cielo.

Un poema es como un mordisco inesperado y letal de gaviota.

Detesto los límites del hielo. Yo nací para quemarme.

Soñar inmersos en la tormenta, en la urgencia de vivir o de descifrar los cambios, sin medida, sin disciplina, sin necesidad de tener razón. Porque un sueño es un accidente con el otro mundo, una respiración inacabada.

El olvido es el hermanastro del amor. Tan difícil como decir sí quiero y tan sencillo como no decir nada.

Detrás de cada palabra parece esconderse una música antigua, una música de todos los tiempos, en realidad. La música del frío que te empuja al silencio.

La vida es un coro de nostalgias pasadas y futuras.

Nadando por las profundidades del olvido para soportar el presente. Un olvido artificial para sobrevivir al verdadero olvido.

Y es que todo parece estar compuesto de pequeños saltos. Pero, ¿quién domina el equilibrio? Qué difícil es andar con la sonrisa de los eternos. No. La vida exige una carre-

ra sin frenos y estar agarrado fuertemente a ella. Alguien ha de controlar el timón porque estamos borrachos de asombro.

Entre dos extremos perseguimos el futuro. Y basta que creamos haberlo entendido razonablemente para que, en un instante, se vuelva misterioso o inútil.

Con todos los equipajes, con todos los sueños y pesadillas por venir, con los brazos atados, algunos dedos en movimiento, la mirada en otra parte.

Imaginen el silencio en medio de una fiesta eterna. Imaginen un lugar desierto en medio de la multitud. Imaginen la tristeza.

Hay una madrugada que escucha y otra que lastima el corazón. Y siempre tendrás una madrugada para olvidar lo que ya no existe.

Amanecer eléctrico. Un amanecer para construir algo. Y para algo sirve mirar. Para algo sirve mirarte con el ritmo frenético de los pensamientos en carrera. Por un instante que me identifique, a solas, contigo. En medio del hielo de una ciudad que se construye con nuestros últimos suspiros.

Primeras ráfagas de viento, un horizonte en fuga y una sonrisa entre sueños, abrazándome. He visto cómo se des-pertaban las alas de los gigantes.

ROBERTO GARCÍA DE MESA

[Inédito]